

MI CLASE DE HISTORIA BAJO LA LUPA. POR UN ABORDAJE CLÍNICO DE LA PRÁCTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Ana Zavala

Montevideo, Trilce, 2012, 120 pp.

En los últimos treinta años se ha escrito bastante sobre didáctica. Es abundante la literatura referida a la didáctica de las ciencias sociales y, también, la más acotada y específica sobre las distintas materias que se inscriben en este amplio rubro. Las investigaciones sobre la práctica de la enseñanza, sea de la historia o de otras disciplinas, resulta un campo bastante recurrido; sin embargo, en general se trata de miradas externas al hecho analizado que suelen tener un afán generalista y sistematizador propio de la tradición científica y poco se sabe de lo que pasa en una clase, de qué se moviliza en ese espacio restringido en el que aparentemente solo participan el profesor y sus alumnos.

A la condición de externalidad de los estudios sobre la práctica de la enseñanza se suma la tradicional oralidad de la labor docente. Quienes nos desempeñamos como profesores somos más hablantes que escritores. El análisis de la propia práctica profesional no suele estar incorporado como parte de la acción de la enseñanza (por otro lado, tampoco estoy segura de que esté presente en otras profesiones). Esto deja un espacio

enorme del análisis de las prácticas docentes a la sombra, invisible, ignorado. En ese amplio y sombrío espacio es que se inserta el trabajo de Ana Zavala que ha decantado en el libro *Mi clase de historia bajo la lupa*.

Estoy segura de que este libro será, más pronto que tarde, una cita obligada de todos aquellos que quieran aproximarse a una mirada compleja del quehacer de los profesores de historia. El trabajo que propone Ana Zavala en este pequeño libro —solo en formato, no en la densidad de su contenido— abre una serie de caminos en torno al análisis de las prácticas profesionales de la enseñanza de la historia que no ha sido transitado hasta ahora. Se trata sin lugar a dudas de un aporte renovador de la didáctica de la historia, posiblemente de la didáctica en general.

Ana Zavala es desde hace muchos años profesora de didáctica de la historia en la carrera de Profesorado de Historia del Instituto de Profesores Artigas (IPA) de Montevideo. También, desde hace más de quince años orienta a profesores de historia en el análisis de sus propias prácticas profesionales. A partir de esta labor fundó

y coordina la Maestría en Didáctica de la Historia en el CLAEH. Este recorrido profesional en la docencia a nivel universitario no le ha impedido estar atenta a la realidad cotidiana de quienes se enfrentan a la docencia en la enseñanza media. Ese ejercicio de la acción de enseñar historia resulta el objeto de análisis de este libro.

Pero el análisis se desarrolla desde una perspectiva diferente a la habitual en los textos que abordan esos temas. Aquí el énfasis está centrado en la primera persona del singular. Es el análisis de la práctica de la enseñanza de la historia hecho por el protagonista de esa práctica. En este sentido es un abordaje clínico de la acción de enseñar.

El libro *Mi clase de historia bajo la lupa* propone un recorrido denso y cuidadoso por un conjunto de nuevas herramientas de análisis de la práctica de la enseñanza de la historia que le permiten a Ana Zavala explicar la metodología que propone y dar cuenta de la importancia que tiene esta forma de enfrentar la propia práctica para quienes enseñan historia.

El texto resulta atrapante, sin dejar de ser profundamente erudito. Está colmado de referencias ricas y diversas. Los autores que Ana Zavala ha visitado a lo largo de estos años de trabajo son partícipes pertinentes en cada momento. Muchas veces sus aportes son resignificados de manera compleja por la autora para echar luz sobre asuntos de gran riqueza. La constante referencia a las lecturas sobre hermenéutica, psicoanálisis, filosofía de la acción o de la historia —por citar algunas de las disciplinas que cruzan el trabajo— así como el sólido conocimiento sobre historiografía no hacen más que enriquecer una maleta de

herramientas de análisis que son puestas a disposición de los profesores de historia a través de cada uno de los capítulos del libro.

La autora nos guía de forma estupefanda en el camino de su reflexión y nos invita a hacer lo mismo. Parte de la convicción de que los profesores somos capaces de realizar un tipo de análisis de la práctica de la enseñanza de la historia que no es posible desde ningún otro lugar. Para ello ofrece un conjunto de herramientas nuevas o de nuevos usos de herramientas conocidas que proveen de un sofisticado instrumental. Algunos de los conceptos que maneja el texto resultan de una sutileza extrema, ponen en evidencia la capacidad de análisis de la autora y, por sobre todo, una cualidad sensible indispensable para darles paso.

A lo largo del libro se establece un diálogo fructífero con distintos elementos que están en juego a la hora de la puesta en acción de la enseñanza de la historia. Estas intersecciones ponen en movimiento la relación con la historia, pero sobre todo con la historiografía. Refinan la mirada sobre el carácter autobiográfico de la acción y arrojan luz sobre la importancia de la relación con el saber (*rapport au savoir*). Todo esto atravesado por la constante reflexión en torno a las cualidades peculiares de la acción de la enseñanza de la historia y de la historia como disciplina escolar.

El recorrido comienza por la crítica a las herramientas tradicionales de análisis de las prácticas de la enseñanza, habitualmente utilizadas por investigadores que observan desde fuera la acción de la enseñanza, que resultan poco útiles a la hora de analizar la práctica de la enseñanza de

la historia para quienes la ejercen. A partir de ello propone una nueva mirada.

Le sigue a esta afirmación el desarrollo paso a paso, capítulo a capítulo, de un conjunto de instrumentos de nuevo tipo que permiten revisar la propia práctica de la enseñanza de la historia, y cuando se usa la expresión *propia* es en sentido literal, pues la apuesta es a que los profesores de historia seamos quienes analicemos nuestra acción de enseñanza de la historia. Esta forma de reflexión está sostenida en la certeza de que solo de ese modo es posible dar sentido a la propia acción de la enseñanza de la historia.

De este modo, el trabajo de Ana propone una nueva relación entre la teoría y la práctica y habilita a que los profesores de historia nos reconozcamos como productores legítimos de nuestra propia teoría. En este sentido resulta también renovador, pues pone el acento en un actor generalmente secundario a la hora de analizar la enseñanza —en este caso de la Historia— y en una mirada clínica de la práctica.

A partir de esta propuesta se revaloriza la potencia de la escritura —tan poco frecuentada por quienes realizamos una tarea fuertemente afirmada en la oralidad como es dar clase de Historia— que es la forma de poner en movimiento las herramientas. La reconstrucción discursiva (la escritura que ordena la realidad inconexa) y su progresivo espesamiento con el análisis, algo así como una metodología de trabajo, abren la posibilidad de dar significado a la acción, proveer de teoría a la práctica.

De este modo, la práctica del análisis de la práctica de la enseñanza de la historia no tiene por objetivo la producción de conocimientos en el sentido tradicional de esta

expresión, sino que busca producir sentido, ayudar a entender la propia práctica; arroja luz sobre esa acción analizada, la conceptualiza. Puede permitir que las acciones futuras se produzcan en un nivel de mayor conciencia, ofrece instrumentos para la toma de decisiones profesionales próximas.

Entre otros, el recorrido propuesto para el análisis tiene en cuenta la temporalidad de la práctica de enseñar historia. La acción de la enseñanza de la historia tiene una existencia anterior a su puesta en práctica: tiene una planificación, pero también tiene un recorrido que está vinculado a la biografía como estudiante y como profesor de quien la practica; al alumno que fue y al profesor que quería ser, a las lecturas que hace, a la selección y las opciones que toma antes de formular una clase, el conjunto de saberes de los que el profesor se sirve para pensar. Es algo así como una *prehistoria* (en tanto ocurre antes que la clase misma) de la acción de enseñar.

El espesor del tiempo de la clase tiene que ver con el entrelazamiento de temporalidades: la del proyecto de clase pensado en clave de acción futura y la de la clase en sí, ocurriendo. Pero también la intertemporalidad de la propia disciplina, que tiene al pasado como objeto de análisis. A estas capas se les suma la de la propia acción del análisis, que ocurre en algún momento posterior al que la propia acción se produjo.

Otra de las dimensiones centrales del análisis tiene que ver con el sujeto. Que está presente todo el tiempo, que es analizado y que analiza a la vez. Asuntos tales como la relación con el saber, el deseo o la biografía son claves a la hora de proponer esta meto-

dología de análisis y son fundamentales en la formulación misma del método.

Hay un pasaje de este libro que me resultó profundamente conmovedor y que quisiera citar antes de cerrar este comentario:

Pensar una clase de historia es también pensar en cosas como esta. Pensar a la vez cómo gestionar la incertidumbre de lo que sucederá cuando esté frente a los alumnos, y en cómo gestionar desde lo que estoy diciendo la incertidumbre cognitiva respecto de lo que pasó y que solo conocemos a través de muchas y diversas mediaciones materiales, intelectuales y simbólicas. Pensarnos en un continuo temporal que entrelaza lo identitario como adelantando lo que pasará en un modo de conservación de mi propio pasado, pero también considerando que cada cosa pasada o pensada reconfigura tanto lo que entendemos que pasó con nosotros y con los otros, los de la historia que contamos a diario y la de los compañeros de ruta en la práctica

de la enseñanza que son esos *otros* que son nuestros alumnos. También, y finalmente, fantasear a dos puntas: lo que deseo que pase en mis alumnos como efecto de mi trabajo, y lo que elijo creer que pasó en el pasado que enseño a diario (pp. 49-50)

En distintos momentos, a lo largo de más de quince años, he sido alumna de Ana Zavala. En esos años vi, de alguna manera, cómo se gestaba parte de lo que está contenido en este excelente libro. Me gustaría creer que un poco de mí hay en él, pero es más fácil reconocer lo que en mí hay de lo que Ana expone. Este libro es bastante más que *un pequeño libro*, como ella dice en la introducción. Por el contrario, dejarse engañar por su tamaño sería un error. Es, a mi modo de ver, un gran trabajo que debería, tal como afirma Mireille Cifali-Bega en el prólogo, hacer historia en la historia de esta disciplina.

Laura Ibarlucea

CLAEH, Facultad de la Cultura